

9

αγορά

Joaquín González Echegaray

# Los Hechos de los Apóstoles y el mundo romano

verbo divino

LOS HECHOS DE LOS APÓSTOLES  
Y EL MUNDO ROMANO

Joaquín González Echegaray

# Los Hechos de los Apóstoles y el mundo romano

Segunda edición revisada y actualizada

*evd*

*A mi compañero y amigo  
Jesús Hurtado Cubillas, buen conocedor  
y amante de la Biblia y de Tierra Santa.*

# Contenido

Prólogo a la primera edición .....	7
Prólogo a la segunda edición .....	9
Cap. I. En torno a la obra literaria «Hechos de los Apóstoles» .....	13
1. El contenido de la obra .....	14
2. La historicidad de «Hechos» .....	23
Cap. II. El imperio romano en el siglo I .....	33
1. Los emperadores del libro de los «Hechos» .....	35
2. Las provincias romanas y sus gobernadores .....	43
3. La ciudadanía romana .....	58
Cap. III. Las ciudades .....	69
1. Las ciudades del imperio y su administración municipal .....	70
2. Las ciudades de los «Hechos» .....	77
a) Palestina .....	77
b) Siria y Chipre .....	82
c) Anatolia .....	88
d) Europa .....	97
3. Jerusalén y Roma .....	105
a) Jerusalén .....	105
b) Roma .....	112
Cap. IV. Los viajes por la cuenca del Mediterráneo .....	117
1. Intercambios comerciales en el imperio .....	118
2. El transporte terrestre .....	124
3. Los viajes por mar .....	136

Cap. V. La casa helenístico-romana .....	149
1. Cómo eran las casas romanas .....	150
2. Casa y familia .....	156
3. Significado de la casa en la naciente iglesia .....	162
Cap. VI. Las comidas .....	179
1. La cocina romana .....	180
2. Animales puros e impuros .....	186
3. Alimentos y comidas en las iglesias apostólicas .....	190
Cap. VII. Espectáculos públicos .....	199
1. Los juegos escénicos .....	200
2. Juegos circenses y competiciones atléticas .....	203
3. Los juegos en el Nuevo Testamento .....	209
Cap. VIII. El ejército .....	217
1. El ejército romano en el siglo I .....	218
2. Las tropas de Siria y Judea .....	227
3. Los militares en el libro de los «Hechos» .....	231
Cap. IX. Las religiones .....	239
1. La crisis religiosa del paganismo .....	240
2. Religiones orientales .....	248
3. El mundo religioso del Mediterráneo romano en el libro de los «Hechos» .....	260
Selección bibliográfica .....	269
Índice de mapas, planos y figuras .....	275
Índice de nombres propios .....	277
Índice analítico .....	289
Índice de citas bíblicas .....	291
Siglas y traducciones .....	299

## Prólogo a la primera edición

En 1994 publicamos el libro titulado *Arqueología y Evangelios*, que ha sido bien acogido por el público y la crítica y del que se ha sacado una segunda edición en 1999. En él tratábamos de presentar al lector una ambientación del país donde se desarrollan las narraciones evangélicas, así como lo que la arqueología y las fuentes históricas extrabíblicas nos dicen acerca de las ciudades, el modo de vida y la cultura de la sociedad donde aparece la figura histórica de Jesús de Nazaret, que los evangelistas reflejan a su manera en las distintas narraciones que han llegado a nosotros con el nombre de los Cuatro Evangelios canónicos.

Un número apreciable de lectores de habla española no sólo está desarrollando últimamente un interés creciente por el conocimiento directo de los evangelios, sino también por otros libros de la Biblia, entre los que va tomando preferencia los Hechos de los Apóstoles, quizá por su fácil lectura, al tratarse de una narración y, sobre todo, porque nos presenta un panorama muy interesante de lo que fue la Iglesia durante los primeros treinta años de su historia, es decir, la vida, creencias y actividad de lo que llamaríamos la primera generación de cristianos.

Nos hemos planteado, por sugerencia de algunos de nuestros lectores, la conveniencia de escribir una nueva obra que refleje la ambientación de los Hechos y que pueda servir, en su caso, de una especie de libro de apoyo para quienes se acercan a esa fuente bíblica. Ciertamente el mundo circundante en que se desarrolla la vida de la primitiva iglesia es muy lejano al actual, lo que puede dificultar a veces la comprensión cabal de algunos textos, tanto de los Hechos, como de las epístolas o cartas que completan el conjunto de li-

bros del Nuevo Testamento. Esto no es solamente aplicable a lectores no familiarizados con temas referentes a la Antigüedad, sino incluso a ciertos biblistas y otros estudiosos especializados en el mundo de la filología y los textos, pero que no manejan con la misma facilidad los datos históricos extrabíblicos y el resultado de las excavaciones arqueológicas o de los hallazgos epigráficos.

El presente libro no es, pues, una simple obra de divulgación, aunque tampoco pretenda sustituir a no pocas monografías y estudios especializados que existen sobre el tema. Nuestra intención es llenar un vacío en nuestra lengua, pues aunque hay en español al alcance de todos libros que tratan temas concretos relacionados con nuestro propósito, y, desde luego, obras generales sobre el mundo antiguo, no conocemos, en cambio, la existencia de un libro de conjunto disponible, que aborde sistemáticamente todos los principales temas ambientales directamente relacionados con los Hechos de los Apóstoles.

Hemos pretendido, pues, con la publicación de la presente obra, que se encuentra a un difícil camino medio entre un libro científico y de divulgación, servir a un amplio conjunto de lectores, que abarca desde las personas cultas que se acercan a la lectura de los textos bíblicos, tanto por interés religioso como profano, hasta ciertos estudiosos y profesionales no especializados estrictamente en el tema.

De acuerdo con el método empleado en otros libros anteriores, hemos omitido las notas bibliográficas de pie de página. En cambio, dentro del texto y entre paréntesis van insertas con profusión las citas bíblicas pertinentes, así como en algunos casos las de otros textos de la Antigüedad, para que el lector pueda tener acceso directo a las fuentes, si es que lo desea. Al final de la obra presentamos una selección bibliográfica por capítulos, en la que la persona interesada puede hallar libros o estudios que le amplíen el tema allí tratado. Hemos procurado dar preferencia a obras en español, pero también citamos muy selectivamente algunas obras específicas en otras lenguas, que puedan servir de orientación a lectores más especializados.

*Joaquín González Echegaray*  
2002



## Prólogo a la segunda edición

El hecho de que en pocos años un libro como éste se haya agotado y demande una nueva edición, puede considerarse como un indicio favorable de la madurez intelectual de nuestra sociedad, naturalmente al margen de la calidad de la obra en cuestión, sobre cuyo juicio crítico el autor es el menos indicado para opinar. Decimos esto porque resulta evidente el interés que va despertando de forma creciente la lectura de la Biblia y de los temas bíblicos en general, precisamente en una sociedad como la nuestra, de habla hispánica, en donde por razones históricas este tipo de lecturas no contaba con una tradición tan desarrollada como la que se encuentra en otros países.

Pero, sobre todo, es revelador comprobar cómo el lector medio va apreciando la conveniencia de contar con conocimientos extrabíblicos, sacados del mundo de la historia y la arqueología, para poder comprender mejor lo que dicen los distintos libros de la Sagrada Escritura.

La Biblia está al alcance de cualquier lector que busque en ella un mensaje de carácter religioso, o simplemente que trate de disfrutar de la belleza literaria o de las ideas y enseñanzas para la vida que la tradición de tantos siglos fue acumulando en los libros sagrados. Sin embargo, quien pretenda entender más a fondo el sentido de estos libros debe recurrir a estas otras disciplinas extrabíblicas, puesto que el ambiente cultural en que se escribió la Biblia, hace algunos miles de años, es tan distinto del actual, que a un lector no especializado en tales materias le resultará muy difícil darse cuenta del sentido de muchas alusiones, comprender la trayectoria de los hechos narrados e incluso entender ciertas formas de expresión.

La modesta obra que el lector tiene en sus manos ha pretendido acercar el trasfondo cultural de un libro bíblico del Nuevo Testamento –los Hechos de los Apóstoles–, cuya lectura resulta especialmente atractiva en nuestro tiempo, por presentar las vicisitudes y las formas de vida de los primeros cristianos y, especialmente, la actuación de los responsables de aquellas comunidades.

El mundo romano de entonces guarda bastantes semejanzas con el actual, por tratarse de una sociedad fundamentalmente pagana, con un grado notable de globalización, en la que las comunicaciones e intercambios desempeñaban un papel muy importante, y donde se hablaban «lenguas francas» que podían ser comprendidas por todos. En muchos aspectos, aquélla era también una sociedad en la que primaba el bienestar, que se hallaba fascinada por los grades espectáculos –muchos de los cuales eran de carácter deportivo–, y que además estaba abierta a la curiosidad por las religiones orientales.

Pero, sin embargo, la manera de viajar entonces era muy distinta, las costumbres familiares y sociales también, los bienes, las necesidades y las comodidades de la vida eran diferentes. Lo que hoy es el inglés, entonces eran el griego en Oriente y el latín en Occidente; los espectáculos deportivos del mundo romano eran sobre todo las carreras de carros y las luchas de gladiadores; y el interés que puedan hoy despertar en ciertos ambientes religiones como el hinduismo o el budismo, lo suscitaban entonces las religiones místicas propias del Oriente Próximo, entre las cuales aparentemente empezaba a figurar el cristianismo.

Este libro trata de acercar ese mundo al lector, para ayudarle así a comprender mejor el libro de los Hechos de los Apóstoles. Así, su lectura le puede brindar una nueva dimensión, al conocer más a fondo el ambiente de entonces y el mundo para el que escribió su obra Lucas, autor de los Hechos de los Apóstoles.

Somos conscientes de que tal libro bíblico ha sido objeto últimamente de una renovada crítica acerca de su carácter histórico, sobre todo en la forma de tratar ciertos temas de la primitiva Iglesia y concretamente la figura de Pablo de Tarso y su actividad apostólica. Junto a ello, y paradójicamente, existe también hoy otra reciente tendencia, entre ciertos estudiosos de reconocido prestigio, de apostar por la fidelidad histórica del libro de los Hechos, incluso prefiriendo la visión sobre Pablo que da Lucas a la que se desprendería del propio apóstol en algunas de sus apasionadas cartas. Nuestra

obra no toca directamente este tema, sino que, como hemos dicho, pretende ofrecer la «ambientación» histórica de los acontecimientos narrados en Hechos de los Apóstoles para facilitar más su lectura y comprensión. Los demás son asuntos que quedan abiertos a la siempre fluctuante discusión entre los especialistas de los estudios bíblicos. El presente libro está escrito por un historiador y arqueólogo, que, respetando a los filólogos en sus investigaciones, se limita fundamentalmente a tratar de presentar el ámbito de la realidad al que corresponden las narraciones y descripciones contenidas en la obra literaria de la Biblia, y en este caso concreto, en los «Hechos de los Apóstoles».

*Joaquín González Echegaray*

2010

# I

## En torno a la obra literaria «Hechos de los Apóstoles»

Aunque el tema de nuestro libro no se refiere propiamente a la obra literaria en sí, sino al mundo en que se desarrolla su narración, nos ha parecido obligado dedicar este breve capítulo introductorio a los Hechos de los Apóstoles, sobre todo con vistas a los posibles lectores aún no suficientemente familiarizados con el texto bíblico.

Hoy la mayoría de los especialistas está de acuerdo en aceptar que el libro de los Hechos ha sido escrito por el mismo autor a quien se debe la redacción final del evangelio de Lucas. En realidad se trataría de una misma obra compuesta en dos partes, como se declara expresamente en las introducciones de ambos libros. Dice así el evangelio:

«Puesto que muchos han intentado narrar ordenadamente las cosas que se han verificado entre nosotros, tal como nos las han transmitido los que desde el principio fueron testigos oculares y servidores de la Palabra, he decidido yo también, después de haber investigado diligentemente todo desde los orígenes, escribírtelo por su orden, ilustre Teófilo, para que conozcas la solidez de las enseñanzas que has recibido» (Lc 1,1-4).

Por su parte, los Hechos comienzan con esta significativa introducción:

«El primer libro lo dediqué, Teófilo, a todo lo que Jesús hizo y enseñó desde el principio hasta el día en que, después de haber dado instrucciones por medio del Espíritu Santo a los apóstoles que había elegido, fue levantado a lo alto...» (Hch 1,1-2).

La unidad de ambos libros no sólo se funda en lo que dicen sus introducciones, sino principalmente en el plan de conjunto de toda la obra, en su continuada visión temática y, sobre todo, en el estilo literario.

Hoy en día ya nadie sostiene que los Hechos hayan podido escribirse en el siglo II, como pensaban ciertos críticos de hace unos años. La fecha más probable se suele fijar en la década de los «ochenta» del siglo I. No parece posible adelantar la composición del libro antes del año 70, que coincide con la destrucción de Jerusalén, ya que los Hechos se escribieron después de publicado el evangelio de Lucas, y, según todos los indicios, éste fue redactado tras los trágicos acontecimientos de Jerusalén, a los que parece aludir en alguno de sus pasajes (Lc 19,43-44; 21,20-24).

Una firme tradición, que se remonta hasta el siglo II, atribuye la autoría de ambos libros a Lucas. No es fácil que se trate del fenómeno llamado pseudonimia, es decir, de la atribución de una obra a un personaje de reconocida autoridad en la iglesia, caso frecuente en la Antigüedad, incluso entre los libros del Nuevo Testamento, como sucede, por ejemplo, con algunas cartas de Pablo y Pedro. Y decimos esto, porque Lucas no es un apóstol, ni su nombre sale en las narraciones evangélicas entre los discípulos o conocidos de Jesús. Resulta, pues, verosímil que este prácticamente desconocido Lucas responda al verdadero autor o redactor final del evangelio de su nombre y de los Hechos. Hay una persona con este nombre, que aparece como simple colaborador de Pablo en Roma, durante el tiempo que éste estuvo allí prisionero (Flm 23), el cual bien pudiera ser el San Lucas de la tradición, autor de la doble obra. En la carta a los Colosenses, de dudosa atribución directa al apóstol Pablo, se habla también de un Lucas, a quien se le designa como «el médico querido» (Col 4,14) y asimismo se cita en la 2ª Carta a Timoteo (2 Tm 4,11). En todo caso, el autor de Hechos debió de ser un discípulo de alguno de los apóstoles, pero de origen gentil, que escribe con soltura un griego muy cuidado –dentro del dialecto koiné– y que evidencia ser un hombre culto. Evidentemente también es buen conocedor de la versión griega de la Biblia (Los Setenta), por lo que tampoco podría descartarse la posibilidad de que hubiera sido un simpatizante del judaísmo, lo que se llamaba entonces un «temeroso de Dios», antes de adherirse a la nueva doctrina de Jesús.

### 1. *El contenido de la obra*

Debemos comenzar señalando un hecho destacado en lo que se refiere a la transmisión del texto de los Hechos de los Apósto-

les. Existen dos versiones del mismo: el texto alejandrino, contrastado por códices muy afamados como el Sinaítico y el Vaticano, y el texto llamado occidental, representado principalmente por el códice de Beza en Cambridge. Esto es normal para otros libros del Nuevo Testamento como los evangelios, y las diferencias entre ambas versiones son muy pequeñas. Pero no es éste el caso de los Hechos de los Apóstoles, en que ambas versiones se distinguen considerablemente. La versión alejandrina es más breve y concisa que la occidental. Esta última contiene unas 800 palabras más que la primera, y, por tanto, presenta ciertos detalles que algunos exégetas consideran altamente significativos. La versión que figura en nuestras biblias es la alejandrina, pues suele considerarse la más antigua. Sin embargo, hoy en día tiende a estimarse cada vez más la occidental a causa de sus ricos matices y la posibilidad de que tenga una antigüedad bastante mayor que la que se suponía, aproximándose así más a lo que sería el texto original. De cualquier manera, el tema no afecta sustancialmente ni a la visión general de la obra que aquí queremos presentar sucintamente, ni menos aún al asunto de que trata nuestro libro en el resto de sus capítulos.



Fig. 1. *Medallón de bronce, posiblemente del siglo III, con los bustos de dos personajes, que han sido interpretados como Pablo y Pedro. (Museo Vaticano).*

La narración contenida en la obra comienza en Jerusalén, empalmando directamente con las apariciones de Cristo a los discípulos tras su muerte y resurrección. Viene a continuación lo que se ha llamado «Evangelio de Pedro», que abarca los capítulos 1-12, donde se desarrolla preferentemente la actividad de Pedro sobre todo en Jerusalén, al frente de la iglesia. Se describen las costumbres de la comunidad cristiana y especialmente las ideas básicas de sus creencias, así como la estructura argumental de las mismas, sobre todo a través de las oraciones, o de los consejos y discursos de los apóstoles. Aparecen narradas las primeras incursiones apostólicas en ciudades de Judea y Samaría.

La segunda parte de los Hechos se centra ya casi exclusivamente en la figura de Pablo y abarca los capítulos 13 a 28. Aquí la ciudad-base es Antioquía de Siria y de ella parte Pablo para sus viajes apostólicos, que en este caso se extienden por casi toda la cuenca oriental del Mediterráneo, principalmente por Asia Menor y Grecia, para concluir en Roma. Junto a Pablo aparecen otras figuras más o menos secundarias como Bernabé, Juan Marcos, Silas y Timoteo, entre otros, sin olvidar del todo a Pedro y a un nuevo personaje, Santiago el hermano del Señor, que desempeña un papel predominante en la comunidad jerosolimitana y que apenas había sido citado en la primera parte de Hechos.

Rius-Camps insiste en que en los Hechos se pone de manifiesto una cierta resistencia de San Pablo por lanzarse del todo al mundo pagano y una reiterada demora por iniciar el viaje definitivo a Roma, que al final sobreviene casi inesperadamente con motivo de su detención en Jerusalén.

En realidad, la ciudad de Roma, junto con la de Jerusalén, resultan ser la clave para entender la estructura y el sentido de los Hechos de los Apóstoles. Pero, para tomar una perspectiva adecuada y profundizar en el tema, debemos retrotraernos al evangelio de Lucas, que, como hemos dicho, forma con Hechos un único libro. Allí la ciudad-clave es Jerusalén, donde comienza la obra con la larga narración del nacimiento de Juan Bautista (Lc 1,5-80) y a donde sus padres llevan a Jesús a poco de nacer para presentarlo en el templo (Lc 2,22-38). A Jerusalén vuelve el niño cuando tiene 12 años y allí voluntariamente se pierde, lo que provoca la angustia de sus padres, que regresan a la ciudad para buscarlo (Lc 2,41-50). Cuando Jesús se prepara en el desierto para su próxima actividad ministerial y su-

fre los embates del diablo, la última tentación consiste precisamente en un fantástico traslado a la ciudad sagrada para que allí realice un acto espectacular, arrojándose desde la cornisa del templo:

«Lo llevó después a Jerusalén, le puso sobre el alero del templo y le dijo: Si eres hijo de Dios, tírate de aquí abajo, porque está escrito: A sus ángeles te encomendará para que te guarden. Y en sus manos te llevarán para que no tropiece tu pie en piedra alguna» (Lc 4,9-10).

Durante la misión de Galilea se habla de que, entre la multitud que seguía a Jesús, había gente que procedía de Jerusalén (Lc 6,17). Lucas acorta dicha misión para poner más de relieve la importancia que en el misterio de Jesús va a tener su viaje a Jerusalén. Éste comienza ya en el capítulo 9 y de una forma muy solemne: «Sucedió que como se iban cumpliendo los días de su partida de este mundo (asunción), él se afirmó en su voluntad de ir a Jerusalén» (Lc 9,51). El viaje, entonces iniciado, se prolonga desmesuradamente en este evangelio de Lucas, ocupando diez capítulos. Por fin y tras llorar al contemplar de lejos la Ciudad Santa, Jesús penetra en ella y sube al monte del templo (Lc 19,28-47). En Jerusalén tendrán lugar los trágicos acontecimientos de aquella intensa «semana santa», minuciosamente narrados por Lucas en cinco capítulos. Pero nos interesa aquí consignar especialmente el hecho de que, a diferencia de lo que dicen los tres restantes evangelistas, Lucas supone que, tras la muerte de Jesús, los discípulos no abandonaron Jerusalén para volverse a Galilea, sino que permanecieron en la ciudad o sus contornos y allí recibieron las apariciones del Resucitado. Más aún, se dice expresamente que fue el propio Jesús quien les mandó no abandonar la ciudad santa en un futuro inmediato: «Vosotros permaneced en la ciudad hasta que seáis revestidos del poder desde lo alto» (Lc 24,49). Precisamente en las afueras de ella, «en un lugar cercano a Betania» (Lc 24,50), se realizará la ascensión de Cristo a los cielos. El evangelista tendrá especial interés en recalcar que los discípulos «se volvieron a Jerusalén» (Lc 24,52), y añade significativamente que «estaban continuamente en el templo bendiciendo a Dios» (Lc 24,53). Con estas palabras termina la primera parte de la obra de Lucas, pero poco antes había dejado ya deslizar una frase de Jesús, que será la clave para interpretar la segunda parte:

«Y les dijo: Así está escrito: que el Cristo debía padecer y resucitar de entre los muertos al tercer día y que se predicaría en su nombre la conversión para el perdón de los pecados a todas las naciones, empezando desde Jerusalén» (Lc 24,46).



Resulta, pues, que Jerusalén es para Lucas no sólo el término final hacia el que converge toda la narración de la historia de Jesús, como lugar último donde se realizarán los misterios de la salvación, sino también, y sin solución de continuidad, el punto de partida para la nueva misión que va a consistir en predicar el evangelio de la salvación a todo el mundo más allá de los límites angostos del pueblo judío. Y éste es precisamente el tema de los Hechos de los Apóstoles. Pero así como Jerusalén constituía en el evangelio el lugar de llegada, simbólico y a la vez real, aquí va a ser sustituido por una nueva ciudad, Roma. Jerusalén con su templo es el símbolo del judaísmo; Roma, como capital del imperio, es el símbolo de la gentilidad, del pueblo que «habita en tinieblas y en sombras de muerte» (Lc 1,79), para iluminar al cual ha llegado una luz desde lo alto (Lc 1,78; 2,31-32): Cristo y su mensaje de salvación.

Los Hechos de los Apóstoles, como ya hemos dicho, empalman directamente desde el principio con la misma idea. A los apóstoles se les dice que hasta que no venga el Espíritu Santo, no salgan de Jerusalén (Hch 1,45), pero inmediatamente se alude a la obligación que les incumbe de salir más tarde a conquistar el mundo, incluido el paganismo:

«Vosotros recibiréis una fuerza, cuando el Espíritu Santo venga sobre vosotros, y de este modo seréis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaría, y hasta los confines de la tierra» (Hch 1,8).

Como se ve, hay una gradación en la cita de los lugares donde deben predicar los apóstoles. Empieza por Jerusalén, ciudad santa; sigue con el resto de Judea, donde había ciudades judías, pero también paganas, especialmente en la costa, como Gaza, Ascalón y Ashdod; continúa con una región de Palestina prácticamente no judía en aquellos tiempos: Samaría, donde abundaban los paganos en ciudades como la propia Samaría y Cesarea, o en algunas aldeas donde vivían los «samaritanos», creyentes cuya manifiesta heterodoxia les hacía totalmente ajenos al pueblo judío; finalmente hay una expresa y rotunda referencia al más allá de la tierra de Israel: «hasta los confines del mundo», de ese mundo cuya capital, aunque en este pasaje no se cite, es Roma, la que en otros textos del Nuevo Testamento es llamada con el nombre siniestro de Babilonia (1 Pe 5,13; Ap 14,8; 16,19; 17,5). De hecho, la misión en Jerusalén se narra en los capítulos 1-7 y aparece llevada a cabo principalmente por Pedro, Juan y al final por Esteban; viene a continuación (capítulos 8-11) la misión en otras ciudades de Judea y en Samaría, donde el protago-